

Un homme  
importante.

---

Serra



# UN HOMBRE IMPORTANTE.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

**DON NARCISO SERRA.**



N.º 309.

MADRID : 1857.

IMPRESA DE C. GONZALEZ, CALLE DE SAN ANTON, NÚM. 26.



Digitized by the Internet Archive  
in 2014

Esta obra es propiedad de DON PABLO AVECILLA, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 18 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y Ley sobre la propiedad literaria de 10 de Junio de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que distingue á los legítimos.

## PERSONAJES.

## ACTORES.

ADELA. . . . .	DOÑA CÁRMEN CARRASCO.!
CASTA. . . . .	DOÑA AMALIA GUTIERREZ.
CRIADA. . . . .	DOÑA CÁRMEN CÁRABES.
DON JUAN. . . . .	DON JULIAN ROMEA.
DON ROQUE. . . . .	DON PEDRO SOBRADO.
CAZUELA. ( <i>Soldado de ca-</i> <i>ballería.</i> ) . . . . .	DON MARIANO FERNANDEZ.
DON CÁRLOS. . . . .	DON VICTORINO TAMAYO.
DON DAMIAN. ( <i>Diputado</i> <i>ministerial.</i> ) . . . . .	DON JOSÉ GARCIA.
EL TIO LINO. . . . .	DON JOSÉ ALISEDO.
EL MARQUÉS. ( <i>Diputado</i> <i>del centro.</i> ) . . . . .	DON GREGORIO LAVALLE.
PAQUITO. . . . .	DON RICARDO MORALES,
DON JOAQUIN. . . . .	DON LUIS CUBAS.
UN DIPUTADO DE LA OPOSICION. . . . .	DON JOSÉ LAPLANA.
UN LACAYO. . . . .	DON JOSÉ SERRANO.
UN CABALLERO MUY CONDECORADO. . . . .	DON ATANASIO MARÉ.
VENTURA. . . . .	DON N. N.

### ACOMPAÑAMIENTO.

El primer acto pasa en casa de don Juan, en un pueblo de la Alcarria.—El segundo en casa de don Juan, en Madrid.—El tercero se supone en un salon de descanso en casa de la condesa de Moran.

# ACTO PRIMERO.

Sala de un pueblo, con muebles buenos: puerta al foro y laterales: ventana á la derecha.

## ESCENA PRIMERA.

ADELA.

¡Las ocho, vaya una vida!  
Las ocho de la mañana  
y estoy harta de lectura,  
y de labor, y de estampas.  
¡Quisiera ver los poetas  
tanto como el campo alaban,  
pasarse todo un verano  
en un pueblo de la Alcarria!  
¡Toda la miel que se cria  
en sus colmenas, no basta  
á endulzar la pesadez  
de esta vida que me mata!  
¡Los ocho y doce minutos!...  
me asomaré á la ventana.

*(Mirando.)*

Pues, siempre el mismo castaño,  
y siempre la misma zanja,  
y siempre el mismo arroyito,  
y la cabrita, que salta!  
Espectáculo precioso,  
que hace ya siete semanas  
que le tengo á todo pasto,  
y me tiene ya tan harta...  
Las ocho y cuarto: almorzemos  
por hacer algo.

*(Tira de la campanilla.)*

## ESCENA II.

ADELA.—VENTURA.

VENT. ¿Qué manda usted?

ADELA. ¿Qué hacías?

VENT. ¿Yo?

ADELA. Sí.

VENT. ¿Qué habia de hacer? no hacer nada. Estaba pasando el tiempo, fumando junto á la tápia, viendo cojer mariposas á la señorita Casta.

ADELA. ¿Y mi padre?

VENT. Ha ido de pesca.

ADELA. ¿Y mi hermano?

VENT. Ha ido de caza.

ADELA. ¿Y don Cárlos?

VENT. No ha venido.

ADELA. ¿Y mi marido?

VENT. En la cama.

ADELA. (Dichoso él!)

VENT. Y cómo ronca... lo mismo que un patriarca.

ADELA. ¡Huy!

VENT. Pero ya vendrán pronto todos, porque ya son dadas las ocho y cuarto, y aquí como á toque de campana se almuerza, y se come, y se...

ADELA. Sí; vida mas arreglada ninguna corporacion monacal tuvo en España. Anda... llama al señor.

VENT. Voy.

(Váse por la puerta de la izquierda y sale á poco, marchándose por el foro.)

### ESCENA III.

ADELA.—CASTA, *que viene por el foro, dejando una red de mariposas.*

CASTA. Felices dias, hermana.  
¿Has pasado buena noche?

ADELA. Buena: ¿y tú?

CASTA. Yo buena: gracias.

ADELA. ¿Qué hacias?

CASTA. Matar el tiempo;

digo, no: el tiempo me mata,  
porque es un tiempo perdido  
el tiempo que aqui se pasa.

¿Si te parece que es vida  
buena, para una muchacha  
de diez y ocho primaveras  
y medianamente guapa,  
comer, dormir y cojer  
mariposas, y soltarlas?

¡Vaya que para un verano  
que hemos salido de casa,  
hemos venido á buen punto!

¡Mira, mira cómo callas!  
Claro... tu señor marido,  
con esa bendita calma

que le distingue, no quiere  
por su familia hacer nada.

Hasta venir á este pueblo,  
y eso que le interesaba  
ver por sí mismo la herencia

de su tio, que Dios haya,  
ha sido un triunfo; y eso  
que hay veinte leguas escasas  
desde Madrid, que si hay mas,  
no hay herencia que lo valga.

Y hace una vida de campo...

—Juan, ¿no te gusta la caza?

—No me gusta echarme á perros.

—¿La pesta?—Odio las tercianas.

—Haz ejercicio.—Me canso.

—Monta.—Me caigo de espaldas.  
¡Es mucho hombre! El mejor día  
se deja toda la barba  
por no afeitarse, ó se acuesta  
y por no dejar la cama  
no se levanta á comer  
y se muere de hambre.

ADELA. Calla,  
que viene aquí.

CASTA. Mira, á tí  
que segun dice te ama,  
te escuchará con agrado;  
y si tomas la demanda  
de tu familia, con cierto  
calor...

ADELA. Si. (¡Pobre muchacha!)  
Y ya es tiempo...

CASTA. Hace ya tiempo  
que es tiempo. Ya sale: anda.

## ESCENA IV.

*Dichas.*—JUAN.

JUAN. Buenos días. Ea, vamos  
á almorzar, esposa.

ADELA. Aun no.

JUAN. Yo creí que todo el mundo  
estaba en el comedor.  
¡Caramba! ¿por qué me llama  
tan pronto Ventura? ¡Oh!  
que estas aquí, cuñadita.  
Mira, hija; hazme el favor  
de acercarme esa butaca,  
tú que eres tan lista. Dios  
te lo pague. ¡Guapa niña!  
Ajá. ¡Tengo un sueño atroz!  
Esposa, hazme un mimo.

ADELA. Sí;  
para mimos estoy yo.

JUAN. ¡Qué es eso! ¿Has dormido mal?  
¿Has tenido indigestion?

¿Te has levantado descalza?  
Yo no he sentido...

ADELA. Tú, no.  
Si á tí cuando estás dormido  
no te despierta un cañon.

JUAN. Tengo esa dicha. Y la debo  
al régimen previsor...  
Pero, ¿qué has tenido tú?  
Ah, ya sé. Se te acedó  
á fuerza de comer mucho  
la ensalada en salpicon.

ADELA. No haces tú mala ensalada.  
No es físico mi dolor,  
sino moral.

JUAN. Ah, ¿moral?  
Mas vale moral, que no  
inmoral.

ADELA. ¡Jesús, qué hombre!

JUAN. A esos no alcanza el doctor,  
sino la filosofía  
y la... traéme ese almohadon.

ADELA. ¿No estás así bien?

JUAN. Sí, hija;  
pero puedo estar mejor.  
Vés... de este modo, así caen  
las piernas á su estension.  
Anda, cuéntame tus penas,  
y sube un poco la voz.  
porque si no es facilísimo...

ADELA. Escuso la confesion  
si te ha de servir de arrullo.

CASTA. (*A Adela.*)  
(Bien, así.)

ADELA. Ya se que yo  
valgo para tí tan poco,  
tan poco, que aquel amor  
que pintabas como hoguera,  
no era hoguera, sino hachon,  
que lució mientras que pudo,  
llegó al cabo y se acabó.  
Solo piensas en tí mismo,  
en vivir como un prior.  
¡Ojalá que yo pudiera

hacerme igual reflexion  
y prescindir de...

CASTA. (*Aparte á Adela.*)

¡Muy bien!

JUAN. Hija, por amor de Dios.

Te exaltas de una manera  
que tomas un giro atroz.

Me vas á hacer que no almuerce.

CASTA. Mi hermana tiene razon.

JUAN. ¿Qué entiendes tú de eso?

CASTA. Es claro,

en diciendo tú que no.

Papá no hace nada. Paco  
tambien sin ocupacion.

Yo sin ir á ningun lado.

Si no hace un milagro Dios,  
no me colocaré nunca.

JUAN. Casta, ten moderacion.

Si cumples diez y ocho años  
para el dia del Señor...

CASTA. A esos años ya llevaba  
mamá, de casada, dos.

JUAN. Ah, buena hija.

ADELA. No te rias.

Que en el fondo, la cuestion  
es grave...

JUAN. Mucho que sí.

me ha puesto de mal humor.

Si lo sé, no me levanto  
hasta ver ponerse el sol.

ADELA. Pues: así te vas poniendo  
tan subido de color,

con los ojos tan parados  
y tan poca animacion

en la cara, y tan... tan gordo;  
y esto Juan es lo peor:

con ese vientre no puedes  
ser sensible.

JUAN. ¿Por qué no?

¡Acaso tengo tambien  
barriga en el corazon!

Vamos, escucha, discute.

(*Ni la paciéncia de Job...*)

Yo te mimo como á un niño.  
Todos tus caprichos son  
acatados como ley.  
¿Es verdad?

ADELA.  
JUAN.

Sí.

Pues, señor!

¿Qué mas se pide á un marido?

¿Cuándo me he metido yo  
en si gastas mucho ó poco?

¿En si vás á tal reunion,  
ó dejas de ir porque quieres?

¿En si el vestido de gró  
está bueno, y por lo tanto  
era escusado el manton

que compraste, por ver otro  
á la del interventor

de rentas? ¿Cuándo te he dicho  
yo quiero esto, porque yo  
soy el amo de mi casa?

Nunca. Yo te hice el amor  
con la sencillez del mundo.

Me hiciste la indicacion  
de que querias vivir  
con el suegro y con los dos  
cuñaditos, y acepté.

CASTA.

Oiga usted. Esa alusion...

JUAN.

Casta, yo hablo de mí mismo:  
el aludido soy yo.

¿Cuál es tu queja? ¿En qué fundas  
ese eterno mal humor?

ADELA.

Si te parece que estar  
casada con un huron...

JUAN.

Al oírte hablar, cualquiera  
diria que soy feroz.

ADELA.

Que no vá á ninguna parte,  
que es... vamos, un caracol  
dentro de su concha.

JUAN.

Adela,

dispensa; ese animal no  
me conviene. Es antipático,  
sobre todo si hace sol.

Elije el otro.

ADELA.

Tu tio



mas chico que el teatro real  
y veinte veces peor.

ADELA.

Yo sé francés.

JUAN,

Si, le sabes  
como cualquier español  
que le ha estudiado en Madrid  
sin poner el pié en Lion;  
te empeñaste en aprenderle,  
y vino á casa un señor  
con gafas y con perilla,  
y echando una peste á rom...

ADELA.

Éra mi maestro; un sábio.

JUAN.

Pues de fijo el redingote  
que llevaba, no sabia  
al rio, porque sino...

ADELA.

Pues bien yo quiero decir  
estando en Paris...

JUAN.

Si yo  
no me opongo á que tú vayas;  
¿pero á qué hemos de ir los dos?  
Vete con tus hermanitos  
y con tu papá, y con...

ADELA.

Eso: te quieres quedar  
á tus anchas; ¿sabe Dios  
con qué objeto!

JUAN.

Con ninguno.

ADELA.

Los buenos esposos son  
inseparables.

JUAN.

¿Sí?

ADELA.

Sí.

JUAN.

Pues yo voy al comedor.  
No te separes, y almuerza.

CASTA.

(Cortó la conversacion  
por lo sano.)

## ESCENA V.

*Dichos.*—DON ROQUE.

ROQUE. Buenos días.

¿Sabes ya que...

JUAN. No, señor.

ROQUE. Pues siento ser el primero  
que te sopla el noticion.  
Hijo, (yo te llamo hijo,  
porque es mejor que no yerno)  
hijo, yo te quiero mucho;  
y ya sabes que yo te quiero.  
He tomado tu demanda  
con un caler, con un celo:  
por supuesto que eso ha sido  
obra del Ayuntamiento.

JUAN. ¿El Ayuntamiento?

ROQUE. Así  
se lo ha dicho al tío Ciruelo  
el Teniente alcalde.

JUAN. ¿Y qué?

ROQUE. No te quepa duda; ellos  
así á cencerros tapados...

JUAN. Pero señor, ¿qué cencerros?...?

ROQUE. ¿No te parece, hijo...?

JUAN. Padre,  
me parece lo primero  
que usted ha almorzado fuera  
de casa y fuerte.

ROQUE. No entiendo.

JUAN. Me pide usted parecer,  
y no dice el fundamento,  
el lema sobre que yo  
me apoye.

ROQUE. Ah sí, si estoy ciego  
de ira y de... Les he insultado;  
ellos me han llamado viejo,  
y tonto, y yo... les he dicho  
las verdades del barquero.  
No consiento que te ofendan,

ni te toquen á un cabello,  
hijo mio...

JUAN. Muchas gracias,  
y principie usted el cuento  
por el principio, si puede:  
por supuesto que todo ello  
habrá sido una bicoca,  
que al tender usted el anzuelo  
se acercaria á dar agua  
al ganado algun paleta,  
y le espantó á usted el pez  
imaginario...

ROQUE. No es eso.  
Hoy he cogido tres tencas,  
con que mira.

JUAN. ¿Sí? Me alegro.

ROQUE. Además, tú no tenias  
que ver con la pesca.

JUAN. Cierto.

ROQUE. Sí, todo ha sido por tí:  
y yo por tí, me repelo  
con el lucero del alba.  
Dejando aparte al lucero,  
te voy á contar el caso.

CASTA. Vaya cuente usted, que tengo  
curiosidad.

ADELA. Yo tambien:  
al fin oiré algo de nuevo.

ROQUE. Entre los bienes que ahora  
de tu tio don Mamerto  
has heredado, está el prado  
por el que pasa el riachuelo  
donde yo pesco, ó mejor  
dicho, donde yo no pesco;  
á la izquierda está la viña,  
y el olivar en el centro,  
y contigua á este olivar  
sin mas que un mojon pequeño,  
está la dehesa de propios  
que se ha apropiado el mastuerzo  
del segundo alcalde, y cuando  
le hablan de ella, se hace el sueco,

JUAN. ¿Y qué?



tus posesiones) y me hallo  
con tan atroz detrimento,  
me puse hecho una pantera.  
Vengo á quejarme, y me encuentro  
al chico de la Leona,  
mas bebido que un pellejo,  
que estaba en medio de un corro  
contando el lance; arremeto  
caña en ristre; mas los otros  
al punto se interpusieron,  
y solo pude vengarte  
hartándoles de improperios.  
Si no tomas la revancha,  
me dá un ataque al cerebro;  
mira bien que es sério el caso.  
Sí.

CASTA.

ADELA.

JUAN.

Mira que el caso es sério.  
Mande usted que un mozo vaya  
á hacer el fatal recuento  
de los olivos.

ROQUE.

Yo tuve  
el triste valor de hacerlo:  
doscientos catorce.

CASTA.

ROQUE.

ADELA.

JUAN.

¡Huy!  
Y uno que está medio... medio...  
¡Ay, qué pérdida!  
¡Caramba!..

ROQUE

ADELA.

JUAN.

Ya hay leña para el invierno.  
¡Y así lo tomas!  
¡Jesús!  
Pues qué, ¿quereis que arme pleito  
con esa gente que sabe  
mas que Lepe? Ni por pienso.  
Sobre perder el aceite  
perder tambien los derechos,  
y el papel sellado... y gracias  
que no me rompan un hueso  
si ven que el pleito vá bien;  
cá, no señor; nada de eso.  
Emigro: administrador  
nombraré al maton del pueblo,  
y si sisa alguna cosa  
hágale muy buen provecho.

¿Qué me importa á mí que salga  
diputado Juan ó Pedro  
para que... ¡Qué bien que dijo  
Breton! *A Madrid me vuelvo,*  
y allí en mi casita cómoda,  
calle de Jacometrezo,  
con mi paz y con tu amor  
y el de mi padre...

ROQUE.

¡Oh, sí, inmenso!

JUAN.

Viviré como un...

## ESCENA VI.

*Dichos.*—PAQUITO.

PAQUITO.

Hermano,

son ya las nueve: el almuerzo.

JUAN.

Gracias á Dios que hallé un  
hermano en el pensamiento.

¿Has cazado mucho?

PAQUITO.

Dos

totobias y un gilguero.

JUAN.

Almorzando aguardo.

## ESCENA VII.

*Dichos, menos JUAN.*

ROQUE.

Vamos,

es un ángel.

ADELA.

Sí, reniego

de los ángeles así.

ROQUE.

Hija, es que de puro bueno...

ADELA.

Pues yo le quiero mas malo;  
soy su mujer y lo quiero.

ROQUE.

Pues, hija, yo suegro y todo,  
te confieso que le tengo  
un amor...

CASTA.

Es que usted ama  
así á todo el universo.

ROQUE.

Soy benévolo. ¿Y qué mal  
hay en que sea benévolo?

## ESCENA VIII.

*Dichos.*—CÁRLOS.

ROQUE. Oh Carlitos...

CÁRLOS. Buenos días,  
señoras.

ROQUE.                   Vá bien? me alegro.  
Le quiero á usted mucho.

CÁRLOS.   Gracias;  
aunque francamente, creo  
que debo de haber perdido  
mucha parte en el afecto  
de ustedes.

ROQUE.                   En el mio no.  
Yo no sé si alguno de estos...  
Por mi parte siempre he dicho  
que es usted un bello sugeto,  
digno de cualquier mujer.

CÁRLOS. ¡Ah! Gracias. Dejemos eso.  
Mi queja es esta. Yo soy  
amigo hace mucho tiempo  
de Juan, y casi pariente...

ROQUE. Vaya, sí, primo tercero  
por don...

CÁRLOS.                   Cuando este verano  
vino á pasar en el pueblo,  
se estrechó mas este lazo....

ADELA. Del que doy gracias al cielo.  
Nos hace usted compañía...

CASTA. A mí me hace los diseños  
para bordar.

PAQUITO.                   Sí, y á mí  
me presta su perdiguero.

ROQUE. Juega conmigo á las damas.

CÁRLOS. Son ustedes con exceso  
amables, y por lo tanto,  
yo me imaginaba crédulo  
que la familia de Juan  
no me ocultase un secreto,  
y mas pudiendo ser útil;

porque al fin, aunque no tengo gran influencia, abogado y con un mediano crédito, pudiera servir de algo; pero estaba yo tan lejos de poder imaginar...

CASTA. Pero ¿qué está usted diciendo?

CÁRLOS. ¿Se sorprende usted?

ADELA. Es claro.

ROQUE. Pues yo ya caigo, y celebro...

Él habla de los olivos; quiere encargarse del pleito.

CÁRLOS. No señor. Eso ya es cosa del juzgado. En el momento que se enteró el juez, tomó providencia, y puso presos á tres ó cuatro: yo ahora hablaba aquí del inmenso proyecto, el proyecto magno de Juan...

ADELA. ¡De Juan y proyecto!

¡Ay! Don Carlos, está usted bajo el dominio de un sueño.

CASTA. ¡Qué cosas dice usted!

ROQUE. ¡Vaya, que ha venido usted chancero!

CÁRLOS. Por amor de Dios, señores, si hace tres horas lo menos que he visto yo al encargado.... por señas que su jamelgo se reventó antes de entrar en el meson. Él derecho se fué á la plaza, y allí habló al alcalde primero y al tío Lino, que es aquí un cacique muy tremendo, porque tiene de su parte á todos los molineros.

En fin á estas horas, ya es sabido en todo el pueblo...

ADELA. ¡Que todos saben...

CÁRLOS. Sí, todos menos yo, su amigo.

ADELA. Niego...  
Yo soy su mujer é ignoro...  
ROQUE. Y yo su padre, y no entiendo.  
CASTA. Y nosotros su familia,  
y no sabemos ni esto.

## ESCENA IX.

*Dichos.*—JOAQUIN.—VENTURA.

VENT. Pero diga usted ¿quién es?  
JOAQUIN. Mi nombre no importa un bledo;  
la persona que ha venido  
para que él logre su objeto.  
VENT. Su objeto ahora es almorzar,  
y está almorzando...  
JOAQUIN. Pues bueno,  
avísele usted.  
VENT. Bien, yo...

## ESCENA X.

*Dichos, menos VENTURA.*

JOAQUIN. Oh, señoras.  
ADELA. Caballero!  
JOAQUIN. Soy la persona encargada...  
Con este motivo tengo  
la alta honra...  
CÁRLOS. ¿Lo ven ustedes?  
JOAQUIN. De ofrecerles mis respetos.  
ROQUE. Beso á usted la mano.  
JOAQUIN. El triunfo  
vá á ser seguro y completo.  
El otro no tiene grandes  
simpatias, ni... yo siento  
haber llegado algo tarde  
pero he aprovechado el tiempo.  
Nada, no hay miedo, señoras.  
ADELA. (¿ De qué hemós de tener miedo ?)

## ESCENA XI.

*Dichos.*—JUAN.—VENTURA.

- JUAN. ¿Quién es quien me busca?  
VENT. Aquel  
JUAN. Mira, que pongan al fuego  
las chuletas, haré por  
despacharle pronto y vuelvo.  
ADELA. (*Aparte á Juan.*)  
Oye, Juan, ¿sabes quién es?  
JUAN. Sobre poco mas ó menos:  
alguna visita incómoda  
ó algun agente minero,  
que ofrecerá una fortuna  
y pedirá un dividendo.  
Esperadme adentro.  
ADELA. Carlos...  
CÁRLOS. Señora...  
ADELA. ¿Lo está usted viendo?  
ROQUE. Adentro nos dirá usted...  
ADELA. Sí, sí, vámonos adentro,  
que estoy impaciente.  
CASTA. Y yo.  
ROQUE. Y yo.  
PAQUITO. Y yo.  
JUAN. Señor, ¿qué es esto?  
(No está poco alborotada  
mi familia.) Caballero...

## ESCENA XII.

JUAN.—JOAQUIN.

- JOAQUIN. Caballero, me enagena  
al tiempo de presentarle  
mis respetos, poder darle  
mi cumplida enhorabuena.  
Esa mano...

JUAN. Caballero...

JOAQUIN. Cuatro horas há que llegué,  
mas no vine antes, porque  
lo primero es lo primero.

JUAN. Dice usted muy bien.

JOAQUIN. Confío  
en que me dispense, pues  
ha sido por su interés.

JUAN. ¡ Ah! ¿ Fué por interés mio?  
pues ruego que de una vez  
me cuente usted...

JOAQUIN. Al momento.  
Me llegué al Ayuntamiento  
y ví al alcalde y al juez.  
Traia trazado el norte,  
y por eso sin reposo  
al Ayuntamiento...

JUAN. (¡ Ah! Es claro,  
á enseñar el pasaporte.)

JOAQUIN. Al punto me dieron mil  
seguridades, porque  
yo traje la nota de  
el gobernador civil.  
Y como aquí solo el nombre  
faltaba, yo le dí al punto,  
y á estas horas, es asunto  
concluido.

JUAN. Pero hombre...

JOAQUIN. ¿ Estaba usted en un potro?  
Aun sin las agencias mias,  
tiene usted mas simpatías  
que el otro.

JUAN. ¡ Y quién es el otro!

JOAQUIN. Contrincante estrafalario  
que está muy mal quisto aquí.  
Y eso bien me consta á mí,  
particular secretario  
de su tio de usted.

JUAN. (Alegre.)

¿ Qué escucho?  
Ha venido usted á verme  
de su parte?

JOAQUIN. Y á oponerme...

JUAN. Caramba, me alegro mucho.  
¿Es usted, su amigo?

JOAQUIN. Digo,  
oficial de su gobierno,  
y en todo el manejo interno  
soy algo mas que su amigo.  
Confidente favorito:  
pues por eso me ha encargado  
hacerle á usted diputado.

JUAN. (*Asustado.*)  
Cómo!

JOAQUIN. Por este distrito.

JUAN. ¡Ay confidente inclemente,  
(*Yendo á un sofá.*)  
no puedo tenerme en pié!

JOAQUIN. ¿Qué dice usted?

JUAN. Yo sí que  
necesito un confidente.

JOAQUIN. ¿No se lo escribió á usted?

JUAN. No.

### ESCENA XIII.

*Dichos.*—VENTURA, con carta.

VENT. Ahora ha llegado el correo.  
Se ha atrasado un dia. Creo  
que la silla se rompió.

JOAQUIN. ¡Su letra!

JUAN. ¡Qué desatino!

Renuncio.

### ESCENA XIV.

JUAN.—JOAQUIN.—ADELA.—CASTA.—ROQUE.—PAQUITO.

ADELA. Cuidado, Juan,  
ó los sordos nos oirán.

JOAQUIN. Hombre, que pierdo el destino.

JUAN. ¿Qué le he hecho á mi tío yo  
para que me trate así?

ADELA. Piensa en mí.

CASTA. Y en mí.

ROQUE. Y en mí.

PAQUITO. }  
CARLOS. } Y en mí.

JUAN. Justo. Y en mí no.

Prescindiré de mí mismo  
volviéndome desde hoy  
un danzante, yo que soy  
tan amante del quietismo.

ADELA. ¿Y el placer de ver buscada  
tu alta influencia?

JUAN. Mujer,  
yo no tengo mas placer  
que el placer de no hacer nada.

ADELA. ¿Lo vés? por esas manias  
del tuyo mi amor se aparta.  
Lée pronto esa carta.

JUAN. Oh carta,  
mas fatal que la de Urias.

(*Leyendo.*) Querido sobrino: el candidato de opo-  
sición que se presenta por ese distrito, no es  
sujeto de buenos antecedentes: como el gobier-  
no no me ha designado persona que oponerle, y  
como tú, por los bienes que de tu tío y mi con-  
cuñado Mamerto has heredado, puedes consi-  
derarte como candidato natural, he puesto en  
juego mi influencia para que ganes en pocas  
horas lo que el otro no ha podido en muchos  
meses: te dejo en completa libertad respecto á  
tus opiniones, y te ofrezco detalles para el me-  
joramiento de la provincia, que buena falta ha-  
cen. Nada tienes que hacer; mañana saldrá de  
esta un mozo listo que sabe que le vá el desti-  
no en el asunto. Tu tío que desea abrazarte.

JOAQUIN. ¿Lo vé usted? ¡me vá el destino!

Sale usted ó el sol no sale.

JUAN. De modo que no me vale  
no querer.

## ESCENA XV.

*Dichos.*—EL TIO LINO.

JOAQUIN. ; Qué hay, tío Lino?

LINO. Todo va muy bien. Empieza  
á ceder el régidor.  
Lléguese usted allá; el señor  
debió tener mas franqueza.

JOAQUIN. Voy.

JUAN. Oiga usted, caballero.

JOAQUIN. Amigo, en esta cuestion  
me vá la colocacion:  
lo primero es lo primero.

## ESCENA XVI.

*Dichos, menos JOAQUIN.*

ROQUE. Hijo, haces cada imprudencia!

JUAN. No se cómo me contengo.

LINO. Oiga usted, don Juan. Yo tengo  
solamente una exigencia.  
Tengo en Madrid un ahijado  
cabo de caballería;  
toda la exigencia mia  
es que se le aumente un grado.  
Como en el regimiento  
él traga que se las pela,  
llámanle el cabo Cazuela.  
Hagámele usted sarjento,  
y todo á mi cargo queda;  
usted sale.

JUAN. (Si, de tino.)

LINO. Conmigo vota el molino.

JUAN. (Asi te coja la rueda.)

¡Y que el cielo no se entolde  
por semejantes motivos!

LINO. Aquello de los olivos  
le ha venido á usted de molde.

- ROQUE. Es claro; irán á votarte;  
en la causa han de perder  
tus contrarios; y qué hacer  
sin el perdon de la parte?
- LINO. Ya tenemos la sarten  
por el mango: por supuesto  
que usted dará un manifiesto.
- JUAN. Sí, cómo salen tan bien!
- LINO. Eh! Voy al Ayuntamiento.
- CÁRLOS. Sí, que es el momento crítico.
- ADELA. Ya eres un hombre político.
- LINO. *(Desde la puerta.)*  
Hagámele usted sarjento.

## ESCENA XVII.

*Dichos, menos LINO.*

- ROQUE. Hijo!
- ADELA. Esposo!
- CASTA. }  
PAQUITO. } Hermano!
- CÁRLOS. Amigo.
- ROQUE. Mira que en tí confiamos.
- ADELA. Yo estoy tan contenta. Vamos,  
si no sé lo que me digo!
- JUAN. ¡Y á un cristiano se administra  
tanta bilis, y no muere!
- ROQUE. Mira, hijo, tu esposa quiere  
lo natural, ser ministra.  
Una vez tú en posicion,  
como ya tienes fortuna,  
Casta hallará pronto una  
brillante colocacion.
- CÁRLOS. Y yo, Juan, quiero tener...
- JUAN. ¿Tambien me vas á asediar?
- CÁRLOS. Sí. Algo con que aspirar  
al amor de una mujer.
- ROQUE. Paquito, hay mil embajadas  
y en una de ellas de fijo,  
será agregado. Y yo, hijo,  
yo, Director de Estancadas.

- JUAN. ¡Ya verás qué cosas saco!  
Y para llevar tal nombre  
¿en qué se funda usted?
- ROQUE. Hombre,  
en mi afición al tabaco.
- JUAN. No hay paciencia...  
(*Música dentro.*)
- CASTA. El serpention!  
Esto es que nos felicitan.  
(*Todos le llevan á la ventana.*)—*Voces.*  
Asómate.

### ESCENA XVIII.

- Dichos.*—JOAQUIN, apresurado.  
Huy, cómo gritan!
- JUAN. Huy, cómo gritan!
- JOAQUIN. Se ganó la votación.
- ADELA. ¿Es verdad?
- JOAQUIN. Mucha verdad!  
Pero lo grande que ha habido,  
lo notable, es que ha salido...
- TCDOS. Qué!
- JOAQUIN. Por unanimidad.
- ADELA. Oh! Alegría.
- JUAN. Oh, sentimiento!
- ROQUE. Se ha portado como bravo.  
Al cabo triunfaste.
- JUAN. (*Desesperado.*)  
Al cabo...

### ESCENA XIX.

- Dichos.*—LINO á su tiempo.
- LINO. Hagámele usted sarjento.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

# ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de D. Juan, perfectamente amueblada; puerta al foro y laterales.

## ESCENA PRIMERA.

LINO.—CAZUELA.—*Una CRIADA que arregla los muebles.*

LINO. Entra, hombre; no tengas miedo.

CAZUELA. Pues lo mesmo se paece  
el mico á lo que yo tengo  
que usted al beato San Lesmes.  
Es que me hallo conturbao  
de mirar lo reluciente  
que está esta casa; ¡qué espejos!  
y qué mesas con sirpientes,  
y que...

CRIADA. Parece que hablan.  
(*Viéndolos.*)

¡Caramba! ¿Quién son ustedes?

CAZUELA. No se asuste usted, morena;  
porque yo, aunque sy m uy terne,  
no me como á naide, y eso  
que usted está iciendo comerme.

LINO. Yo soy un amigo ¿estamos?  
y de los buenos que tiene  
su amo de usted.

CRIADA. ¿Usté?

LINO. Yo.

¿Se asombra usted?

CRIADA. Me parece...

LINO. Ya sé que con esta facha  
y este perjeño, no puede

tener uno... pues, amiga,  
vea usted lo que es; él me debe...  
en su distrito de Alcarria  
los molinos del aceite,  
no hacen mas que lo que haga  
el cura que está presente.

CRIADA. Pues molerán mucho

LINO. Mucho.

CRIADA. (*Aparte*).

(Porque lo que es usted muele...)

LINO. Este es mi ahijao. ¿Está usted?  
y yo vengo sobre este.

CRIADA. Y el señor ¿es alcarreño?

CAZUELA. Servior.

CRIADA. Pues si parece  
andaluz!

CAZUELA. Es que en el arma  
tos semos inteligentes  
en ganao. ¿Se entera usted?  
y aunque de Lugo ó de Orense  
venga un quinto como un potro,  
cuantico lleva dos meses  
en el cuartel, se agitana,  
y ya al pez le llama *peje*;  
al caballo *penco*, al vino  
*ropa*, y *pita* al aguardiente.

CRIADA. Vamos, aprende otra lengua.

CAZUELA. Y tanto como diprende.

LINO. Pues aquí dejo al muchacho;  
porque amiga, cuando viene  
uno á Madrid, es dichoso  
si solo le encargan veinte  
cosas; y no hay mas que hacerlas,  
so pena de indisponerse...  
¡Vaya un modo de pedir!  
Sobre todo las mujeres:  
una un pañuelo amarillo  
con cenefa azul celeste;  
otra unas mangás bordadas  
iguales á las que tiene  
la escribana, y no hay manera  
de que á nadie las enseñe.  
Otra un San Ramon de barro,

por si acaso la acontece...  
Otra un agua que hace un duque,  
con la que cura las herpes.  
Vamos, le traen á uno...  
Aquí te quedas; ¿entiendes?  
Tú le cuentas tu desgracia,  
le pides que se interese,  
y luego despues vendré  
yo de refuerzo; no tienes  
mas que decir soy ahijado  
del tio Lino. Ea, que ustedes  
lo pasen bien.

CAZUELA. Hasta luego.

## ESCENA II.

CRIADA.—CAZUELA.

CRIADA. Vaya el padrino!

CAZUELA. Me quiere  
uh... verdá que todo el mundo  
en hablándome dos veces...  
Vamos tengo ángel: si á mi  
me han querido hasta los gefes,  
á escecion de uno que me...  
perdió miserablemente.  
(*Liando un cigarro.*)  
¿Y usted no ha tenio nunca  
palabras de *si me quieres,*  
*yo á tí mas, y suelta prenda*  
con ningun mozo valiente  
de mi arma?

CRIADA. Nunca.

CAZUELA. Ay, señora,  
no ha comio usted sorbete!  
Si somos la nata del  
ejército permanente;  
y se lo digo á usted yo  
que he sio *infante* seis meses.

CRIADA. (*Asombrada.*)  
¿Y cómo ha venido usted  
tan á menos!

CAZUELA. Me parece

que he subio: ser sordao  
de á pata...

CRIADA. ¡Ah, ya!

CAZUELA. A ser ginete.

CRIADA. Y ¡á qué viene usted aquí?

CAZUELA. A que el señor me encomiende  
á la Diricion, y al...

CRIADA. Pues está usted fresco.

CAZUELA. ¿Tiene  
el genio ágrío?

CRIADA. No señor,  
es mas dulce que un merengue;  
pero no menea un brazo  
aunque la casa se queme.  
Es... perezoso...

CAZUELA. Ya estoy:  
igual que el sargento Velez,  
que en cuanto monta á caballo  
y saca el sable, se duerme.  
Geniales hay...

CRIADA. Su genial  
es no hacer nada.

CAZUELA. Pues ese  
no es buen genial para mí.

CRIADA. La señora le reprende  
y manda aquí...

CAZUELA. Y la señora  
¿tiene mano con los gefes?  
¿Ha visto usted entrar galones?..

CRIADA. Chit... Calle usted.

CAZUELA. Yo.

CRIADA. Que vienen  
las señoras, y el señor  
se marchó tras una breve  
disputa: aquí las disputas  
son una cosa corriente.  
Abur.

CAZUELA. No será la última,  
niña guapa. (Vaya un peine  
que está la moza! si yo  
llego á hablarla doce veces,  
la deajo á puras fatigas  
mas dergaa que un filete.)

### ESCENA III.

ADELA.—CASTA.—CAZUELA.

CASTA. ¿Te ha gustado? francamente.

ADELA. Sí que es precioso el poplin:  
luego madama Housaine  
te le hará divinamente.

CAZUELA. Dios guarde á usted, doña Adela.

ADELA. ¿Quién es?

CAZUELA. Yo soy; yo me llamo  
Toribio la Mata y Ramo,  
y por mal nombre Cazuela.

ADELA. ¡Ah! sí, tengo el sentimiento  
de decir que mi marido  
todavía no ha podido  
ascenderle á usted á sargento.

CAZUELA. ¡Ah! me ha puesto usted un clavo  
en donde yo mas le siento.  
¿Cómo me han de hacer sargento  
señora, si no soy cabo!

ADELA. ¿Que no es usted cabo ahora?

CAZUELA. Mucho que no: soy sordao,  
porque me han desonerao  
de esa dinidá, señora;  
y estoy para que mas pene  
en el propio regimiento.

CASTA. ¿Y qué ha sido el fundamento?

CAZUELA. Esdichas que el hombre tiene  
y van con la criatura  
á donde ella pone el pié;  
yo he sio, ¿se entera usté?  
muy afeto á la pintura;  
metiendo el deo en un cartucho,  
pinté en la paré un jumento  
que se parecia mucho  
á un gefe del regimiento.  
Asi, que todo cristiano,  
aun que pasára al escape  
decia en viéndole: ¡carape,  
si ese burro es don Fulano!  
El que se vido al oléo

pintao, forma el escuadron,  
y me dió tal puntillon  
en cuanto golió este deo,  
que el arca é las provisiones  
(*El vientre.*)

me la volvió del revés:  
empues me arrestó, y empues  
me ha quitao los galones.

Cuando vino mi padrino,  
¿sabe usted quién, doña Adela?

ADELA. El tio... sé que es una tela...  
el tio Cañaño.

CAZUELA. El tio Lino.

ADELA. Eso.

CAZUELA. Eso: allá se van.

Yo habia cumplio mi arresto  
y dijo el padrino:—esto  
quien te lo arregla es don Juan.  
Tengo parte en que al Congreso  
haiga ido su señoría;  
una casa defendia  
por dos leones de yeso,  
que tiene sobre el portal  
un cuadro de caballeros,  
que están con mantas y en cueros  
pasando el rato...

ADELA. (Animal!)

CAZUELA. Yo le he servio mu fino,  
que él me sirva ahora y te pase  
á otro cuerpo, y te haga *clase*,  
que al fin yo soy tu padrino.—  
Yo que tal cosa escuché,  
á lo seguro me atengo;  
y cojo, y tomo, y me vengo  
á que me encomiende usted.

ADELA. Ya conoce usted que estando  
fuera mi marido...

CAZUELA. Sí:

pero yo sé bien que aquí  
lleva usted la voz de mando.

ADELA. ¿Y en qué funda usted?..

CAZUELA. Me fundo  
en que si posibre fuera

que yo to el mundo tuviera,  
mandaria usted en to er mundo.

ADELA. (No es mala galanteria.)

CAZUELA. Pero yo, probe peal...

ADELA. (No, pues no es tan animal  
como á mí me parecia.)

CAZUELA. Con que, señora, en usted  
confio, como si fuera  
mi madre.

ADELA. Yo bien quisiera...  
en fin yo veré... veré...  
y lo que pueda...

CAZUELA. Toribio  
la Mata y Ramo...

ADELA. Ya sé.

CAZUELA. Siempre á la órden de usted:  
vaya, que siga el alivio.

## ESCENA IV.

CASTA.—ADELA.

ADELA. ¡ Otra recomendacion!  
es lo de nunca acabar.  
Todos piensan que yo tengo,  
como es justo y natural,  
la influencia que otras tienen.

CASTA. Pero señor, si este Juan...  
No has hecho poco milagro  
con decidirle á marchar  
á las Córtes: desde el dia  
que juró, no ha vuelto mas.

ADELA. Pues si es lo que yo le digo:  
vé tan siquiera á votar,  
á que te vean sentado,  
á que conozcan tu faz.

CASTA. Por verle sentado solo  
ha ido á las Córtes papá.

ADELA. Su tio, cada correo  
un pliego le escribe, y mas:  
dándole de su provincia  
unos detalles, que ya.

Dale con el presupuesto,  
y con el subsidio y las...  
Todos hacen por que suba,  
y él se ha empeñado en bajar.  
Yo recibo tantas cartas,  
que me aburren y me dan,  
cómo no puedo servir las,  
hasta ganas de llorar.  
¿Te enseñé la carta de  
Magdalena Macanáz,  
una amiga de colegio,  
á quien no puedo faltar?  
Te pide...

CASTA.

ADELA.

CASTA.

Para su esposo:  
léela tú misma; verás.  
(*Leyendo*).

«Adorada Adela mia;  
compañera de colegio,  
tener debo el privilegio  
de molestarte algun dia.  
Cansada de la viudez,  
contraje segunda union,  
y fui á vivir á Morón,  
donde mi esposo era juez.  
Allí viví con reposo,  
contenta con mi fortuna  
hasta perderle, por una  
ligereza de mi esposo.  
En vez de ahorcar á un bribon,  
ahorcó á uno que no lo era.  
Ya conoces que cualquiera  
tiene una equivocacion.  
Pero como por desgracia  
la interpretó la malicia,  
no puede en Gracia y Justicia  
hallar *justicia, ni gracia*.  
Es triste mi posicion,  
y espero en su consecuencia  
que tú, mujer de influencia,  
le busques colocacion.  
Como siempre has sido buena,  
no he podido presumir  
que ahora te puedas reir

del llanto de...—Magdalena.»

—«Postdata: sé dónde vives,  
pero aguardo tu respuesta,  
porque temo ser molesta  
ó escuchar que no recibes.»

ADELA. Ya ves que es un compromiso,  
en que voy á quedar mal;  
pero si Juan es el ente  
mas nulo y mas incapaz!  
Vamos, me quita la vida.

CASTA. Pues y el desaire á papá,  
que ha compuesto un plan de hacienda,  
y le regalaba el plan  
despues de ya puesto en limpio,  
y no le quiere aceptar.  
Y á don Carlos, á su amigo;  
digo su amigo, algo mas,  
que aunque lejano es pariente,  
no quererle colocar;  
y eso que al seguirmos hizo  
un esfuerzo sin igual.

Esta vida de Madrid  
que es tan costosa, dará  
al traste con su fortuna,  
que es menos que regular.

ADELA. Es muy buen muchacho, pero  
te inspira un interés tan...  
¿Le quieres?

CASTA. Hermana, yo...

ADELA. ¿Le quieres?

CASTA. Yo... la verdad,  
como ha sido el primer hombre  
que de amor me vino á hablar,  
y yo tenia una buena  
dosis de curiosidad  
de ver cómo se esplicaban...  
le dejé esplicarse...

ADELA. Ya.

CASTA. Me dijo que era bonita:  
no bonita, celestial:  
y que tenia buen tono  
hasta en el modo de andar,  
y que si no le quería

iba á tirarse al canal;  
y que su fin era bueno,  
y que hablaría á papá...  
Y yo le dije, hombre á mí  
es á quien debe usted hablar;  
en siendo á mi gusto...

ADELA. Hola.  
Ya veremos. Aquí está.

## ESCENA V.

ADELA.—CASTA.—CÁRLOS.

CÁRLOS. Felices tardes, señoras.

CASTA. ¿De dónde viene usted tan  
sofocado?...

CÁRLOS. De las Córtes:  
pero no he podido entrar.  
Se conoce que hay algun  
combate descomunal;  
hasta la calle del Sordo  
llegaba la gente ya.  
Probé á colarme, y por poco  
me rompen el levisac.  
¿Y Juan?

ADELA. En las Córtes.

CÁRLOS. ¡Cómo!  
¿En las Córtes?

ADELA. Sí, allí está.

CÁRLOS. ¿Y á qué santa se le debe  
que haya el diputado Juan,  
ido á su puesto?

ADELA. A mí ruego,  
aunque no soy santa.

CÁRLOS. ¡Ah!  
es que obedecer á usted  
es cosa muy natural.

ADELA. ¿Tan simpática soy?

CÁRLOS. Mucho.

ADELA. Vea usted qué casualidad:  
aun así no inspiro á algunos  
confianza, ni...

CÁRLOS. (*A Casta.*)

¿A que ya  
se lo has contado á tu hermana?

CASTA. Sí.

CÁRLOS. (*Alto.*)

Pues has hecho muy mal.  
Adela, es que la pobreza  
es una señora tan  
pudorosa que prefiere  
á un desengaño, callar.

ADELA. Bien, ya hablaremos de eso.

(*Dándole la mano.*)

Cuente usted con mi amistad.

CÁRLOS. ¿Y cómo es que encuentro á ustedes  
así, sin ataviar?

¿No se vá al prado?

CASTA. Nos cansa.

CÁRLOS. ¿Pero y por la noche? hoy dá  
un thé...

ADELA. (*Con despecho disimulado.*)

Sí... el thé de costumbre,  
la condesa de Moran.

Pero hijo, esa es de Madrid  
la primera sociedad.

Allí son muy importantes  
todas las gentes que ván.

Se sabe allí si la crisis  
ha de ser ó no parcial.

El baile... es un episodio,  
el thé un pretesto y no mas,

y sería una locura  
querer allí penetrar

la mujer de un diputado  
sordo-mudo, como Juan.

## ESCENA VI.

ADELA.—CASTA.—CÁRLOS.—DON ROQUE á su tiempo.

ROQUE. Juan es el hombre del dia.

CÁRLOS. }  
CASTA. } ¿Qué?

ADELA. ¿Qué dice usted, papá?  
ROQUE. Ha hablado.  
ADELA. ¿Quién?  
ROQUE. Él.  
CASTA. ¿Él?  
CÁRLOS. ¿Él?  
ADELA. ¿Y quién es él?  
ROQUE. ¡Voto á San!  
¿Quién ha de ser él? Tu esposo.  
ADELA. ¡Imposible!  
CASTA. ¡Cómo!  
CÁRLOS. ¡Cá!  
ROQUE. Cómo, cá: y ha estremecido  
el banco ministerial.  
De las cuatro patas, una  
se la ha tirado á rodar.  
Hablaban de su provincia,  
y como sabeis que está  
enterado por su tío  
que le escribe sin cesar,  
estuvo hablando dos horas  
allí, dale que le dás.  
Ha dicho cosas ¡jí, jí!  
que él otro pobre, ¡já, já!  
Y como yo le persuada  
á que ahora acepte mi plan...

## ESCENA VII.

*Dichos.*—UN CRIADO.—*Luego* EL MARQUÉS.

CRIADO. El marqués del Sauce.  
ADELA. Pase:  
no conozco: ¿quién será?  
MARQ. Sin prévia presentacion,  
me permito visitar  
á usted, para darla á un tiempo  
mi enhorabuena cordial.  
ADELA. Caballero...  
MARQ. Es su marido  
una notabilidad.  
Como yo soy diputado

del centro, he tenido un gran  
rato; pero, qué sorpresa  
que causó tan general!  
Como que es un hombre nuevo  
y no frecuentó jamás  
el salon de conferencias  
ni... ¿No está en casa?

ADELA. No está,  
pero pronto...

MARQ. Entonces voy  
cuatro pasos mas atrás  
á dejar una tarjeta  
á un sujeto que estará  
ahora fuera, y yo así cumplo  
con esta formalidad,  
y vuelvo, si usted permite.

ADELA. Cuando guste.

MARQ. Para dar  
la enhorabuena en persona  
á su marido, que es ya  
el hombre mas importante  
que tiene la capital.  
Señora, á los piés de usted.  
Señores...

ROQUE. Beso á usted la...

## ESCENA VIII.

*Dichos, menos EL MARQUÉS.*

ROQUE. ¿Se desengañan ustedes ?

CÁRLOS. Quién se pudo figurar...

ADELA. No, si Juan no es tonto:  
es instruido y es capaz;  
sino como estaba así  
tan poltron, tan haragan...

ROQUE. Pues donde menos se piensa  
la liebre suele saltar,  
y saltó el chieo, asombrando  
á toda la sociedad.  
Y como yo le persuada  
á que ahora acepte mi plan...

- CASTA. Pues señor, yo siempre tuve  
idea, de que detrás  
de aquella apariencia fria...  
Alguien viene: si será...
- ADELA. Como sea él, qué abrazo  
tan fuerte le voy á dar.  
A mí se me debe todo:  
si no le empujo, no vá.

## ESCENA IX.

*Dichos.*—PAQUITO.

- PAQUITO. Papá ! Adela ! ¿con que ha hablado?  
dejadme tomar aliento;  
lo he sabido hace un momento.
- ADELA. ¿Dónde estabas?
- PAQUITO. En el Prado.  
Estaba allí con el hijo  
del Conde Espin, y con otros,  
cuando se acercó á nosotros  
Pepe Caveda, y me dijo:  
—Paco, ¿sabes lo que pasa?  
—Hombre, no.—Que tu cuñado  
ha hablado.—¿Cómo que ha hablado?  
Pues voy al momento á casa.  
Conque, sacarme de penas,  
porque tengo tal capricho  
de saber qué ha dicho.
- ROQUE. Ha dicho...  
ha dicho cosas muy buenas;  
que no te puedo explicar...

## ESCENA X.

*Dichos.*—JUAN.—*Todos le rodean.*

- ADELA. Juan, se cumplió mi deseo.
- ROQUE. Hijo !
- CÁRLOS. }  
CASTA. }            ¡ Juan !  
PAQUITO. }

JUAN. (Abatido.)

Por fin me veo  
en el doméstico hogar.  
Mañana saldrá un artículo  
y otro artículo... Estoy muerto.

ADELA. A mí me lo debes.

JUAN. Cierto:

a tí te debo el ridículo.

ROQUE. ¡Juan!

ADELA. ¿Qué estas diciendo?

JUAN. No

lo digó por agraviarte;  
porque al fin la mayor parte  
de la culpa, tengo yo,  
primero por ser un tonto  
y haberte hecho caso...

ADELA. ¿A mí?

JUAN. Y despues porque cedi  
á la tentación de un pronto.  
Se trataba cuando entré  
sobre lo presupuestado  
á la provincia por que  
he salido diputado.  
Sabeis que el tio no es lego  
en eso, y que manda allí  
hace ya tiempo, y que á mí  
me manda notas de á pliego.  
El otro habló con esceso,  
mas tales cosas decía  
que yo, sin saber qué hacía,  
le dije: hombre, si no es eso.  
No bien hablé, *abra cadabra*  
me miró toda la gente;  
despues, dijo el presidente,  
tendrá usía la palabra.  
Trás aquel maldito arranque,  
me senté desesperado.  
Vamos, me hubiera tirado  
de cabeça en un estanque.  
Mas ya metido en el lío,  
de mi tio me amparé,  
y sus cartas recordé,  
y dije, aquí de mí tio.

—Señores, el presupuesto de esa provincia, este año es subido, y no es estraño, porque hay esto, y esto, y esto: Otro año quizá dará mas, porque tiene elementos, si hacen los Ayuntamientos esto, y lo de mas allá.— Como mi memoria es buena, mezclaba con mi relato, mucha fecha y mucho dato, para dar vida á la escena; y cuando desocupé cuanto habia en mi memoria, pensé encontrarme en la gloria; dije, he dicho: y me senté. Yo debí de estar muy mal en la tal peroracion, porque se quedó el salon en silencio general: y como yo conocí lo torpe que habia sido, haciéndome el distraido tomé el sombrero y salí: haciendo fiel juramento de no hablar mas, si allí espiro.

ROQUE.

¿Y dónde fuiste?

JUAN.

Al Retiro.

Estaba ansioso de viento.

ADELA.

Despierta, Juan.

JUAN.

¿Que despierte?

ADELA.

Te conquistó la influencia tu elocuencia.

JUAN.

¿Mi elocuencia?

ADELA.

Eres fuerte.

JUAN.

¿Que soy fuerte?

ADELA.

Aunque escites el enojo ahora del ministerio...

JUAN.

Ay, hija, es que eso es muy sério, y yo me confieso flojo.

ADELA.

A la luz que tú esparcías templó el otro diputado.

JUAN.

Pero estaba engalanado

con plumas que no son mias.  
Yo allí sin mi tío, y sin...  
quizá hubiera sido menos.

ADELA. Todos los medios son buenos  
cuando se consigue el fin;  
y el fin es que en este instante...

JUAN. Vamos, cosas de mujeres.

ROQUE. No, Juan.

CÁRLOS. No, Juan.

ADELA. Es que eres  
un hombre muy importante.  
Y muy bien fundado es  
el placer que me enagena;  
ya vino la enhorabuena  
á darte, todo un Marqués.

JUAN. ¿Un Marqués á mí?

ROQUE. Sí.

CÁRLOS. Sí.

JUAN. Y ese señor, ¿á qué aspira  
con venir á verme?

ADELA. Mira.

Justamente viene aquí.

## ESCENA XI.

*Dichos.*—EL MARQUÉS.

ADELA. El Marqués del Sauce, es  
quien antes estuvo á verte.

JUAN. (¿Si seré de veras fuerte?)

ADELA. Adios.

(*Saluda y sale con los demás.*)

MARQ. Beso á usted los pies.

## ESCENA XII.

JUAN.—EL MARQUÉS.

MARQ. Me presenta su mitad  
y yo la aeepto, á fé mia,  
con gozo, porque tenia

- hambre y sed de su amistad.
- JUAN. (¿Señor, qué es lo que me pasa?)
- MARQ. Por eso me permití...
- JUAN. (¿Querrá burlarse de mí?... pero venir á mi casa...).
- MARQ. He provocado este encuentro, porque yo no soy ingrato; le debemos un gran rato los diputados del centro. Ha puesto usted en un brete á dos: aquel diputado, ya sabrá usted que es cuñado de un miembro del gabinete.
- JUAN. ¿Sí? (Pues va creciendo el lio.)
- MARQ. Es un pobre hombre, que ha hablado por boca de su cuñado.
- JUAN. (Y yo por la de mi tío.)
- MARQ. Ahora al centro le toca estar con usted bien quisto; y hablo por él.
- JUAN. (Está visto: no habla nadie por su boca.)
- MARQ. Hay ya casi crisis.
- JUAN. ¡Hola!
- MARQ. Es usted en este instante el hombre mas importante de la nacion española.
- JUAN. Por Dios, señor Marqués. Yo...
- MARQ. Lo digo, como lo siento. Tiene usted mucho talento.
- JUAN. Gracias. (Ya verán que no.)
- MARQ. ¡Y qué naturalidad hablando! Tiene usted en fin, lo que llama Moratin difícil facilidad. Y como luego no tuerza la que ahora empezó su acierto, es usted un héroe.
- JUAN. Cierto.
- (Yo soy un héroe... por fuerza.)
- MARQ. Y por si crece el arroyo, que difícil no lo encuentro, en mis amigos del centro,

siempre hallará usted apoyo.

(*Con intencion.*)

¿No le parece á usted bien?

JUAN. Yo diré á usted, lo que es eso...

MARQ. Siempre es bueno en el Congreso tener un mútuo sostén.

Y espero que entre los dos le haya.

JUAN. (No sé qué decir).

Ya puede usted presumir... que... si...

MARQ. Basta, basta. Adios.

(Ya es de los míos.)

(*Al salir se encuentra al Diputado de la oposicion, que le dá la mano.*)

### ESCENA XIII.

JUAN.—EL MARQUÉS.—DIPUTADO DE OPOSICION.

DIPUT. ¡Qué gozo hallarle aquí!

MARQ. Ya me alejo

DIPUT. (¡Qué listo que es este viejo!)

MARQ. (¡Qué olfato tiene este mozo!)

### ESCENA XIV.

JUAN.—DIPUTADO DE OPOSICION, hablando apresurado.

DIPUT. Don Juan.

JUAN. (Otro tropezon.)

DIPUT. Vengo á hacerle á usted el cumplido *motu proprio*. Hemos tenido gran rato la oposicion. Quizás el gobierno fragua algo contra usted...

JUAN. ¿Sí, eh?

DIPUT. Y vengo á verle; porque yo soy mas claro que el agua. Aunque por hoy me mantenga

en la oposicion, y truene,  
francamente, me conviene  
estar bien con lo que venga.  
Por eso pongo la red  
con tiempo; á mí me conviene  
estar bien con lo que viene,  
y lo que viene es usted.

JUAN. (Asustado.)

¡Yo!

DIPUT. Es claro; el mejor dia  
para cualquiera cuestion,  
con el centro y mi fraccion  
ya tiene usted mayoría.

JUAN. Però yo y el centro...

DIPUT. Pues:

no lo quiera usted negar.  
¿No ha visto usted que al entrar  
me ha saludado el Marqués?  
Seamos tres ó seamos dos,  
con tal que unidos marchemos...  
¡Ay qué tarde! Ya hablaremos  
esta noche. Adios, adios.

## ESCENA XV.

JUAN, solo.

¡Oiga usted! ¡Qué torbellino!  
¿Dónde estoy? ni puedo hablar:  
pues no me ha metido el diablo  
en flojo berengenal.  
Me llaman hombre importante  
y me tengo que callar.  
¿Cómo les convenzo yo  
de que soy un animal?  
Però señor, no es posible;  
esto no puede durar.  
Yo cojí la flauta, y...  
sonó por casualidad.  
Mas han de ser todos ciegos  
ó al fin y al cabo verán...  
y entonces doble ridículo;

fingiré una enfermedad...  
 digo: no voy á fingirla;  
 de positivo, me dá.  
 ¿Y este es el siglo que todo  
 lo pretende analizar,  
 y no se distingue á un hombre  
 de talento, de un buen Juan?  
 Siglo que ridiculiza  
 todo lo que deja atrás,  
 el siglo que vá gritando  
 en su carrera triunfal  
 « la sociedad adelanta... »  
 Dios salve á la sociedad.

## ESCENA XVI.

JUAN.—CÁRLOS.

CÁRLOS. Juan, quisiera hablarte...

JUAN.

Cárlos,

por la córte celestial  
 disimúlame, por hoy  
 estoy que no puedo hablar.

CÁRLOS. ¿Pues qué es lo que tienes?

JUAN.

Tengo

la cabeza hecha un volcan:  
 no me echo por ser cristiano  
 á la garganta un dogal.

## ESCENA XVII.

*Dichos.*—DON ROQUE *con un legajo.*

ROQUE. Mira, hijo, mi plan de hacienda.

JUAN.

Padre, estoy ya con su plan  
 y con su hacienda de usted  
 el hombre mas harto y mas...

## ESCENA XVIII.

*Dichos.*—ADELA.—CASTA.—PAQUITO.

ADELA. (*Dándole un papel.*)  
Juan, aquí tienes la lista  
de lo que has de dar...

JUAN. ¿Yo?

ADELA. Es

decir, dar destinos.

JUAN. Pues  
no está mal pié de revista.

ADELA. A mi amiga Valentina,  
á Magdalena, ya vés...  
á Cazuela...

JUAN. ¿Qué? ¿Quién es  
ese chisme de cocina?

ADELA. El ahijado del tío Lino.

JUAN. ¡Ah! sí. Viejo redomado.  
No diera nada al ahijado  
de ira que tengo al padrino.

ROQUE. (*Con dureza.*)  
Vamos, Juan, no seas así:  
siempre con esas canciones  
en ridículo me pones.

JUAN. Oye. Mas me has puesto á mí.  
¿Piensas porque sufro y callo  
que yo soy todo paciencia?  
Pues no: también la prudencia  
tiene límites, y estallo.  
Por no tener otro porte  
mas duro con mi mujer,  
estoy abocado á ser  
el ludibrio de la córte.  
Hoy una nube de grana  
color me presta y hechizo;  
este es un tinte postizo:  
pero y mañana! Mañana,  
cuando esa nube se pase,  
¿qué piensas tú que dirán  
al ver que soy solo un Juan?...  
No quiero acabar la frase.

ROQUE. ¡Hijo!

JUAN. (*Exasperado.*)

Yo, ¡no soy su hijo!  
ni usted mi padre: es mi suegro;  
suegro, y me tiene usted negro,  
con cariño tan prolijo.

ROQUE. Ay, voy á volverme loco!

JUAN. No se puede usted volver  
loco.

ROQUE. Te ódio.

JUAN. Puede ser  
que así le quiera á usted un poco.  
Esto ya de raya pasa,  
y no quiero hacerme el blando;  
estoy en mi casa y mando,  
mando y estoy en mi casa.

ADELA. Pues para que no disgustes  
ninguno de tus instintos,  
ya que somos tan distintos,  
me iré de ella.

JUAN. Como gustes.

ADELA. (*Yéndose á llorar con Casta.*)

¡Ves cómo me trata ahora!  
Me va á matar el despecho.  
¡Me echa!

JUAN. Yo no te echo.

ADELA. ¡Déjame llorar!

JUAN. Pues llora.

Lo dicho; no doy un paso  
en el que moverme tenga,  
ni por mi padre que venga.

CASTA. (*Llorando.*)

Cárlos: Ay!, ya no me caso!

PAQUITO. (*Con petulancia.*)

Oiga, usted, don Juan: quisiera...

JUAN. Yo quiero que usted se calle  
sin dar lugar á que estalle  
y le hable de otra manera.

CÁRLOS. Juan, si mi antigua amistad...

JUAN. Mira, Cárlos; te prevengo,  
que lo que es por hoy no tengo  
de nadie necesidad.

(*Demos un golpe ab irato.*)

## ESCENA XIX.

*Dichos.*—EL TIO LINO.—CAZUELA.

LINO. Este es mi ahijado...  
JUAN. Tio Lino,  
voy á hacer un desatino,  
si entra usted.  
LINO. (*Yéndose con Cazuela.*)  
Me salió ingrato.

## ESCENA XX.

*Dichos, menos CAZUELA Y LINO.*

JUAN. ¡Venirseme aquí con tropa!  
pues estoy de buen humor.  
(*Tira de la campanilla.*)  
¡La sopa!  
ADELA. ¡Y tendrá valor  
para comerse la sopa!  
JUAN. Ya se ve, mucho que sí.  
que voy á tener valor.  
Comeré solo mejor.  
ADELA. ¡Ay de mí!  
CASTA. ¡Pues y de mí?  
JUAN. ¡Ah! ¡mujeres! ¡me encocoran!  
Cuando los hombres se humillan,  
ellas se crecen y chillan;  
cuando se defienden, lloran.  
Siga el llanto; bien, muy bien;  
vaya una posicion crítica  
y todo por la politica.  
¡Maldecida sea amen!  
Si grandes planes concilia,  
ella el corazon nos mata;  
ella es quien rompe y desata  
los lazos de la familia.

## ESCENA XXI.

*Dichos.—Un CRIADO con un pliego y un papel.*

JUAN. ¿Qué haces hay de pié derecho?

CRIADO. Darle á usted esto. Despaché dos señores, dije que iba usted á comer.

JUAN. Bien hecho.

CRIADO. Pidió uno de ellos tintero y escribió en un papelote...  
(*Juan despide al criado con una seña.*)

## ESCENA XXII.

*Dichos, menos el CRIADO.*

JUAN. «El Director del Azote.  
El Director del Lucero.»  
Ay ¡Virgen del Tremedal!  
La prensa; mi pesadilla  
peor; yo que á una gacetilla  
la tengo un miedo cerval...  
(*Abriendo el sobre.*)  
Y esto ¿qué es? un targeton.  
«La Condesa de Moran  
invita á usted, al thé *dansent*, (1)  
esta noche en su reunion.»  
Pícara moda, en la que  
nos vamos afrancesaudo;  
mire usted que un thé bailando...  
Buenos se pondrán de thé!  
Y á qué viene en este instante  
el convite... ¡Ah! como hoy  
he hablado ya, como soy  
un hombre tan importante...  
(*Pausa.*)

ADELA. (*Con coquetería.*)  
Juan!... Juanito!

(1) Léase *DANSAN*.

- JUAN. ¿Qué se ofrece?
- ADELA. Que mirada tan impia!  
Te durará todavía  
el mal humor.
- JUAN. Me parece...  
(Adela se levanta y arregla la corbata de Juan:  
los demás personajes le rodean poco á poco.)
- ADELA. No sabes cuanto me pesa  
que algunas veces riñamos.  
Mi genio es tan vivo...
- JUAN. ¡Vamos,  
no es malo que lo confiesa!
- ADELA. ¿De que thé estabas hablando?  
Del lujoso *thé dansent*  
de casa de la Moran...  
¡Ay Juanito!
- JUAN. (¡Ay, que me ablando!)
- ADELA. Me alegrara no perder  
sociedad tan principal,  
ya ves, por la natural  
vanidad de la mujer,  
En yendo una vez, prescindo  
de las demas sin coraje;  
mira, y Casta tiene un traje  
sin estrenar.
- CASTA. (Sin dejar de llorar.)  
Y muy lindo.
- ADELA. Estos señores, podran  
ir; dice *y familia*.
- JUAN. Si.
- ADELA. (Abriendo los brazos.)  
Y tu iras por mí... por mí?  
(Juan se arroja en los brazos de Adela, los de-  
más personajes sueltan una exclamacion de  
alegria.)
- JUAN. Bueno, mujer! (¿Lo ves, Juan?)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

# ACTO TERCERO.

## ESCENA PRIMERA.

ROQUE.—DAMIAN.

ROQUE. ¡Válgame Dios, don Damian,  
al cabo de tanto tiempo  
como no nos hemos visto!...  
Si, vamos, si cuando menos  
se piensa, se encuentra uno...

DAMIAN. ¡Oh! Yo celebro el encuentro.

ROQUE. Y yo.—¡Vaya si ha medrado!  
era usted oficial tercero  
en una administracion  
subalterna de correos,  
y ahora diputado.

DAMIAN. Y  
ministerial hasta el hueso:  
por eso quisiera hablarle  
de su yerno.

ROQUE. ¡De mi yerno!  
¡Oh qué! hombre, amigo, qué hombre!  
si viera usted...

DAMIAN. Sí, ya veo  
que es un hombre de importancia.

ROQUE. De muchísimo talento.  
Si usted viera un plan de hacienda,

(se le regalo, esto es hecho)  
un plan de Hacienda que tiene;  
quiero decir, que ha compuesto.

DAMIAN. ¿Un plan de hacienda?

ROQUE.

Y magnífico;

sí, señor.

DAMIAN.

(Bueno es saberlo.)

ROQUE.

Lo que es como se publique,  
ha de hacer un gran efecto.

DAMIAN.

(Allá veremos.) Don Roque,  
yo que estoy en los secretos  
de la mas alta politica,  
le aseguro que no es bueno  
el camino que ha emprendido.  
¿Porque, señor, con qué objeto  
en la cuestion de esta tarde  
tronó contra el ministerio?  
No conoce á nadie, y  
no tiene resentimientos.  
No se le ha negado nada.

ROQUE.

Porque no ha pedido.

DAMIAN.

Pero,

¿por qué no pide, señor?  
aquí que culpa tenemos,  
de que no pida?... yo sé...  
Vamos... estoy casi cierto,  
de que si quisiera dar  
algun paso, el mas pequeño...  
¿Qué tal génio tiene?

ROQUE.

Él

tiene un bellissimo génio;  
lo mas tratable y mas llano...  
es lo mismo que un cordero;  
pero en cuanto se incomoda  
suelta un cachete tremendo.

DAMIAN.

(Hola!) Mal hace en batirse  
así, á pecho descubiertò.  
Él no tiene quien le apoye,  
porque como es hombre nuevo...

ROQUE.

Cá, no, señor; treinta y siete  
años y...

DAMIAN.

No digo eso.

Nuevo en politica.

- ROQUE. Ya:  
pero ya tiene un ejército.
- DAMIAN. ¿Ejército?
- ROQUE. Y que se alistan  
los voluntarios á cientos.
- DAMIAN. ¿Sí? Cuénteme usted...
- ROQUE. Amigo,  
no puedo ser indiscreto.
- DAMIAN. Ah, bien. (¡Demonio! es preciso  
que yo avise y que le hablemos...)  
Adios, amigo don Roque.  
Ya sabe usted que deseo  
una ocasion de servirle...
- ROQUE. Igualmente...
- DAMIAN. Y que celebro...  
Voy á bailar...
- ROQUE. ¿Usted baila?
- DAMIAN. Es un compromiso. Tengo  
que sacar á la sobrina  
del ministro de Fomento.
- ROQUE. ¡Ah! Vamos, es una polka  
de real orden.
- DAMIAN. Poco menos.

## ESCENA II.

DIPUTADO DEL CENTRO.—DIPUTADO DE OPOSICION.—DON  
ROQUE.

- MARQ. ¿Ve usted los ministeriales  
cómo no pierden el tiempo?  
Se acojen al suegro...
- DIPUT. ¿Y qué  
adelantan con el suegro?  
Tenemos ya la palabra  
de don Juan.
- MARQ. Sí, que tenemos.
- DIPUT. Y será nuestra cabeza...  
es decir... el parapeto...
- MARQ. El tiene talento.
- DIPUT. Sí,  
pero al fin es hombre nuevo,  
y en estas cosas la práctica...

- ROQUE. ¡Oh! ¡señores!  
MARQ. Caballero...  
ROQUE. Yo no habia reparado...  
DIPUT. Tan distraido le ha hecho  
á usted, ese diputado  
ministerial.
- ROQUE. Nada de eso:  
tengo yo mas picardía...  
ese es un amigo añejo;  
le conocí hace seis años  
con seis mil reales de sueldo  
en un pueblo de Galicia,  
que se llama... no me acuerdo:  
luego se ha ingeniado...
- DIPUT. Sí,  
no ha tenido mal ingenio,  
siendo ministerialísimo  
de todos los ministerios.
- ROQUE. Este salon de descanso  
es una estufa: ya llevo  
dos sorbetes; con licencia  
voy á tomarme el tercero  
y á ver si encuentro á las chicas  
que entre aquel gentio inmensso...  
Adios, señores.
- MARQ. Adios.  
DIPUT. ¡Qué estúpido es este viejo!

### ESCENA III.

DIPUTADO DE OPOSICION.—MARQUÉS.

- MARQ. Con que, ¿qué hacemos nosotros?  
DIPUT. ¿Cómo? ¡nosotros, qué hacemos?  
Quitarnos la mascarilla  
y proclamar que hemos hecho  
alianza, cediendo un poco  
cada uno, de su terreno.  
Como veamos á don Juan,  
le colocamos en medio  
de los dos, y en el salon  
damos un golpe maestro.

## ESCENA IV.

*Dichos.*—DON JUAN.

- JUAN. ¡Uf! ¡por fin aquí respiro!  
Estoy molido, deshecho:  
uno me da un apretón,  
otro me dice un requiebro,  
otro dice, que es mi amigo,  
solo que yo no me acuerdo;  
y otro que está mas atrás  
me saluda con el dedo;  
y todo son parabienes  
y empujones y... me muero  
si sigo siendo importante  
un día mas; yo no puedo...
- MARQ. (*Cogiéndole del brazo.*)  
Aquí está. Oh, señor don Juan.
- DIPUT. (*Idem.*)  
Señor don Juan...
- JUAN. ¡Caballeros!
- MARQ. De usted estábamos hablando.
- DIPUT. Hoy es usted el objeto  
de cuantas conversaciones  
hay de importancia.
- JUAN. (*Reniego.*)
- MARQ. Ya están nuestras dos fracciones  
unidas como gemelos;  
este es un bien que el país  
le agradecerá en extremo.  
Venga usted á presentarse  
á los amigos.
- JUAN. Si vengo  
aquí á descansar...
- DIPUT. ¿Y qué?  
eso es cosa de un momento.

## ESCENA V.

*Dichos.*—CÁRLOS.

- CARLOS. ¡Juan! Yo necesito hablarte.
- MARQ. Al punto se le traemos:

va ahora á un asunto.

JUAN. Me llevan...

(me parece que voy preso,  
pero espérame aquí.)

CARLOS. Bien.

JUAN. (No esperarás mucho tiempo.)

Señores, es un amigo...

MARQ. Bien, oiga usted al gobierno...

## ESCENA VI.

CARLOS.

¡Oh! loca fortuna, encumbras  
al que ya tiene riquezas,  
y al que es pobre aunque te invoque  
siempre en el hondo le dejas.  
Vea usted Juan, tan indolente,  
tan poltron, que no desea  
mas que dormir y dormir,  
sin saber cómo, se encuentra...  
Le habrá crecido el talento  
porque lo que es en la escuela,  
hemos sido condiscípulos,  
y me acuerdo bien que era  
de los mas torpes; en fin,  
esperemos á que venga.

(Toma un periódico.)

—Córtes. «En el firmamento  
brilló una fulgente estrella,  
don Juan de»—la estrella es Juan!

«Que esclareció de manera  
distinta y clara, lo que otros  
envolvian entre nieblas.»—

(Otro periódico.)

A ver este.—«Ultima hora.  
Don Juan de Morales»—vuelta,  
«Orador notabilísimo;  
muy entendido en Hacienda...»—  
Está visto: es asombroso  
el porvenir que le espera.  
Con tal que haga algo por mí.

Solo ambiciono por ella,  
porque acostumbrada á ese  
lujo, cuando no le tenga...

## ESCENA VII.

CÁRLOS.—ADELA.—CASTA.

- ADELA. Ay! descansemos un poco;  
desde aquí se oye la orquesta  
y al primer acorde iremos  
á encontrar nuestras parejas.  
¿ Con quién has bailado?
- CASTA. Con  
Walker-Milkar: se me enreda  
su apellido; el secretario  
de la embajada de Suecia.  
Qué cosas me ha dicho!
- ADELA. ¿Habla  
el español?
- CASTA. Ni una letra.  
Pero si vieras qué bien  
sabe explicarse por señas!  
(*Ademanes exagerados.*)  
hacia así, y luego así,  
y luego así: de manera  
que yo le entiendo muy bien  
sin saber la lengua sueca.
- CÁRLOS. Es que no se hacia el sueco.
- CASTA. ¡Ah!
- ADELA. Don César, ya la cela  
usted, y aun no es su marido.
- CÁRLOS. Oh! de ninguna manera.  
¿ Qué la ha parecido á usted  
la Condesa?
- ADELA. La Condesa  
es mujer de mucho mundo  
y de mucha inteligencia:  
me ha distinguido muchísimo,  
sin duda porque soy nueva  
en la casa: mas lo cierto  
es que obligada me deja.

- CASTA.** Caramba! y debe costarle  
un dineral cada fiesta!
- CÁRLOS.** Satisface su amor propio:  
gasta tan solo su renta,  
y con su lujo mantiene  
muchas familias, que fueran  
á no ser por ese lujo  
víctimas de la miseria.  
Ese salon es el campo  
neutral, en donde se encuentran  
todos los hombres notables  
de mas distintas ideas.  
Aquí pilla uno á un ministro  
y se escusa de una audiencia;  
aquí se hacen relaciones  
útiles, si se conservan;  
aquí se baila y se intriga,  
pero con buenas maneras;  
porque como se hallan todos  
de damas en la presencia,  
si juegan y pierden, callan,  
si disputan, no vocean;  
favores, que con mil otros  
á las mujeres se adeudan,  
que la buena sociedad  
las mujeres la hacen buena.
- ADELA.** Mucho nos defiende usted.
- CÁRLOS.** Es natural la defensa.  
Quiero casarme.

## **ESCENA VIII.**

*Dichos.*—DON ROQUE.

- ROQUE.** Canastos!  
Yo andando de ceca en meca  
y vosotras ahí sentadas.  
¿Qué tal encontráis la fiesta?  
Yo he tomado tres sorbetes:  
á mí me parece buena.
- ADELA.** ¿Y Juan?
- ROQUE.** ¿Juan? Juan adelanta

cada minuto una legua;  
desde esta tarde á esta noche  
ha hecho la fusion completa  
de dos fracciones. Ji ji!  
qué esposo tienes, qué perla!  
esto sin contar con que  
si acepta mi plan de hacienda...

## ESCENA IX.

*Dichos.*—PAQUITO.

PAQUITO. Pues señor, tampoco aquí...  
no encontraré mi pareja.  
Hola, ¿os divertis?

ADELA. Sí, y tú?  
bailaste?

PAQUITO. La noche entera.

ADELA. ¿Siempre con la misma?

PAQUITO. Sí.

ADELA. Admirable consecuencia.  
Será muy bonita.

PAQUITO. Cá,  
una duquesa mas fea  
que un cuco, pero ya veis,  
al fin y al cabo excelencia  
y unos brillantes que...

ROQUE. Bravo:  
este chico hará carrera.  
Toma... si está adelantada  
la juventud de la época!

ADELA. Pero se ha empezado ya  
la skotisch?

PAQUITO. Vá mas de media  
tocada ya.

CASTA. Ay! y nosotras  
comprometidas para ella.

ADELA. Vamos al salon.

ROQUE. Sí.

PAQUITO. Vamos.

CASTA. ¿Me he chafado?

ADELA. A ver? ahueca.

¿No viene usted, Cárlos?  
CÁRLOS. No.  
Tengo cita en esta pieza  
con Juan, y le espero.  
ADELA. Entonces  
adios.  
CÁRLOS. Que usted se divierta.

## ESCENA X.

CÁRLOS.

Oh! es preciso que Juan  
de su amistad una prueba  
me dé; esta vez es preciso  
que me ayude, y que yo sea,  
y aunque se me oculta el modo  
por el que á tan alta esfera  
subió, puesto que subió  
justo es la mano me tienda.

## ESCENA XI.

JUAN. — CÁRLOS.

JUAN. ¡Ay! Cárlos del alma mia  
CÁRLOS. Tres cuartos de hora de espera.  
No te quejarás.  
JUAN. ¡Pues no  
me he de quejar de mi estrella!  
Me preguntan muchas cosas  
de que ignoro la respuesta;  
me presentan á unas gentes  
que me hacen mil reverencias;  
me hablan de lo que no entiendo,  
y yo para que no entiendan  
que no entiendo una palabra,  
meneo así la cabeza,  
como diciendo, ya estoy;  
y me sonrío con cierta...  
en fin, ya estoy á tu lado,  
¿qué quieres?

CÁRLOS. Hombre, quisiera  
que hicieras algo por mí:  
tú puedes.

JUAN. Y vuelta al tema.

CÁRLOS. No te he hablado antes, porque...  
porque me daba vergüenza;  
pero chico, como estoy  
enamorado de veras  
y pienso casarme...

JUAN. ¡Ay Carlos!

Qué tontunas tan obesas:  
primera, pensar que yo  
puedo tener influencia;  
segunda...

CÁRLOS. No sigas, Juan.  
Si el objeto conocieras,  
lo aprobáras.

JUAN. Me parece  
que no.

CÁRLOS. Apostemos.

JUAN. Ea,

¿quién es?

CÁRLOS. Casta.

JUAN. Claro está  
que ha de ser casta y honesta.

CÁRLOS. Eh... que es tu cuñada Casta.

JUAN. Ay Carlitos, (se la lleva)  
qué objeto tan escogido:  
aunque entre mil le escogieras...

CÁRLOS. ¿Te parece bien?

JUAN. Muy bien:  
una muchacha tan buena.  
(Vamos, soy muy mal amigo,  
me remuerde la conciencia.)

CÁRLOS. Todos lo aprueban, y yo  
vengo á pedirte tu venia  
y ha decirte, amigo Juan,  
yo administrando mi hacienda  
puedo vivir en el pueblo,  
pero ya conoces que ella...

JUAN. No hay cuidado: yo la doto,  
y os pondré una casa egregia  
(lejos de la mia.)



Yo que poseo la práctica...

DAMIAN. ¡ Chit ! calle usted, que allí está dormido.

CABAL. ¿ Dormido? táctica táctica.

DAMIAN. ¡ Cómo !

CABAL. El muchacho promete:

á favor de esa ficcion  
tendremos una sesion  
que á ninguno compromete.

Es usted un hombre falto  
de tacto exquisito y de...

haga usted que no lo vé  
y hable usted conmigo alto.

Pues señor, como lo digo,  
ese don Juan de Morales  
es hombre de dotes tales,  
que me ha cautivado, amigo.

*(Señas á don Damian para que hable.)*

DAMIAN. Mas se ha unido con el centro...

CABAL. Esa es falta de esperiencia;  
yo acojo la inteligencia  
donde quiera que la encuentro.

Me es altamente simpático,  
qué quiere usted, cosas mias;  
mas yo por las simpatías  
dejo de ser diplomático.

*(Señas.)*

DAMIAN. Ya se dice que conspira  
de una manera cruel:  
se dice de él que...

CABAL. De él

se dirá mucha mentira,  
quizá la envidia destronca  
á ese hombre sagaz y ducho;  
pero él vale mucho, mucho,

*(Aparte á don Damian.)*

muchísimo...—hace que ronca:—

al cabo hará gran carrera  
en política, y protesto  
que tiene á mi lado un puesto  
en el momento que quiera.

Por mi parte digo amen.

—Qué tal, se ha quedado estático;

esto es ser muy diplomático.  
(*Váse al foro.*)

## ESCENA XII.

JUAN.—*A poco* DON DAMIAN.

JUAN. Pues he dormido muy bien:  
el sueño es el solo puerto  
donde la paz encontré.  
¿Qué hora es ya?

DAMIAN. Ya está de pié.  
(¡Qué tal si estaba despierto!)  
Oh qué fortuna tan loca  
que se prepara y tan...)  
Y bien, amigo don Juan,  
ya lo ha oído usted de su boca.

JUAN. Que yo... ¿cómo?

DAMIAN. Hace un momento  
estaba usted ahí...

JUAN. Dormido.

DAMIAN. Aquel sueño era fingido.

JUAN. Hombre...

DAMIAN. Con mucho talento.

JUAN. Pero...

DAMIAN. Hablemos sin reparo:  
*él* me ha mandado ahora aquí  
y voy á ser claro.

JUAN. Sí,  
hace usted bien en ser claro.

DAMIAN. Puede usted ponerlo negro  
en cuanto por ahí se estienda  
que usted tiene un plan de hacienda.

JUAN. Yo...

DAMIAN. Me lo ha dicho su suegro.

JUAN. (Habrá viejo mas petate!)

DAMIAN. No niegue usted. ¡Qué capricho!

JUAN. Pero si yo... Y le habrá dicho  
á usted cada disparate...

### ESCENA XIII.

*Dichos.*—EL MARQUÉS.—DIPUTADO DE OPOSICION.

MARQ. ¿Con don Damian? Me hace daño hallarle con don Damian, tan entrometido y tan... quedémonos aquí al paño.

JUAN. (*Muy asombrado.*)  
¿Qué dice usted?

DAMIAN. Madrid todo verá así el alto concepto...  
¿Acepta usted?

JUAN. ¿Que si acepto?  
no señor, de ningún modo.  
Si hasta ahora pude callar, ya me ha llegado mi vez y digo, que mi honradez no me permite aceptar; ¡pues buenas cosas hiciera en tan alto puesto yo!

DAMIAN. ¿Decididamente no?

JUAN. Mil veces.

DAMIAN. Como usted quiera.

### ESCENA XIV.

*Dichos.*—EL CABALLERO CONDECORADO, *al foro.*

CABAL. ¿Cede ya?

DAMIAN. De ningún modo, y he trabajado con arte. él no quiere formar parte.

CABAL. Es que quiere formar todo.

DAMIAN. Pero, ¿cómo nos libramos ahora de ese hombre eminente? y ello es urgente.

CABAL. Es urgente:  
discurramos.

DAMIAN. Discurramos.

## ESCENA XV.

JUAN.—MARQUÉS.—DIPUTADO DE OPOSICION.

- JUAN. Yo no sé lo que me pasa:  
¿Yo, gobernar el Estado,  
pobre hombre, que no he logrado  
poder gobernar mi casa!
- DIPUT. *(Tomándole la mano.)*  
Bien.
- MARQ. *(Idem.)* Bien.
- DIPUT. Es usted un Cid.
- JUAN. *(Les rompería la crisma.)*  
Yo soy...
- DIPUT. Esta noche misma  
lo sabrá todo Madrid.

## ESCENA XVI.

JUAN.

Santa Rita, abogada  
de los milagros,  
haz tú que se descubra  
que soy un asno.  
Yo nada pido  
sino que se me deje  
dormir tranquilo  
Si yo no quiero honores,  
ni mandar quiero,  
si yo obedezco humilde  
hasta á el sereno.  
Y si las ponen,  
pagaré cuatrocientas  
contribuciones.  
Para qué hacerme quieren  
hombre importante:  
reniego de la falta  
de mi carácter  
y de mi tío,  
mi mujer y mi suegro,  
Cazuela y Lino.

## ESCENA XVII.

JUAN.—DON DAMIAN.

DAMIAN. Don Juan.

JUAN. ¡Ay!

DAMIAN. Siento infinito

(voy á tenderle una red)  
tiene sospechas de usted  
el inspector del distrito.  
Asegura ser verdad,  
que en su casa se ha juntado  
tropa.

JUAN. (Ay, Cazuela,) un soldado,  
una individualidad.

DAMIAN. Pero la murmuracion  
como que todo lo adorna,  
dice ya que usted soborna  
tropas de la guarnicion.

JUAN. Canario! pues estoy fresco:  
si tan delgado lo hilan,  
cualquier dia me fusilan  
por... ni sé lo que me pesco.  
Tengo treinta y siete años,  
pero he envejecido hoy  
lo menos ciento, y estoy...

DAMIAN. Usted necesita baños.  
El estudio de la renta  
con tanto dato pequeño,  
debe disminuirle el sueño.

JUAN. Cá, no señor, me lo aumenta.

DAMIAN. Pero los baños añaden  
vigor al cuerpo, merced  
á cierta virtud... y usted  
debe tomar los de Baden.  
En cuanto pise la raya,  
se encuentra usted casi sano.

JUAN. Hombre, hablando en castellano:  
qué quiere usted? que me vaya?

DAMIAN. Francamente, es mi mision;  
y si usted tuviese aquí  
compromisos...

- JUAN. (Hola.) Sí:  
(aprovecho la ocasion.)  
Para don Roque de Orozco  
mi suegro, cualquier destino,  
que no necesite tino,  
ni tacto ni...
- DAMIAN. Le conozco.
- JUAN. A su hijo, cualquier cosa.  
A don Carlos... ese sí  
que tiene talento, y...
- DAMIAN. Bien, bien: ahorremos de prosa,  
cuanto mas tiempo se gana.  
Deme usted nota.
- JUAN. La haré.
- DAMIAN. Y yo le remitiré  
los nombramientos mañana.  
Y en seguida...
- JUAN. Si, señor.  
(Me he salvado del abismo.)  
Me ausento mañana mismo  
bajo palabra de honor.  
(Vanse, puerta derecha.)

## ESCENA XVIII.

ROQUE.—CÁRLOS.—ADELA.—CASTA.—PAQUITO.

- ADELA. Pues aquí tampoco está.
- CÁRLOS. Pues aquí yo le dejé.
- ROQUE. Con que Juan lo aprueba, eh?  
y me llamarás papá.
- ADELA. Juan merece un buen castigo.
- ROQUE. Calla! pues en qué ha pecado?
- ADELA. No vé usted que no ha bailado  
ni un mal rigodon conmigo.
- ROQUE. Es tu marido y no es mucho.  
Eso para los amantes,  
ser galantes y danzantes.
- ADELA. Oye usted, Carlos?
- CÁRLOS. Escucho.
- CASTA. Pues si yo tengo el capricho  
de bailar, aunque me case,

no quiero que eso me pase.  
CÁRLOS. Oh! nunca.

## ESCENA XIX.

Dichos.—JUAN.—DON DAMIAN.

DAMIAN. Lo dicho, dicho.  
(*Váse por el foro.*)

JUAN. Padre, está usted colocado  
y Paco tambien.

PAQUITO. ¿Sí, eh?  
¿De agregado?

JUAN. Yo no sé  
sí de auxiliar ó agregado.

ROQUE. Y mi destino será...  
¡el alma tengo en un hilo!  
un destino...

JUAN. Muy tranquilo:  
es un destino, papá.

ROQUE. No tendré mas sentimiento  
que en esa colocacion  
no hallar pronto una ocasion  
donde lucir mi talento.

JUAN. (*A Carlos.*)  
A tí, como te idolatro,  
te he buscado de exprofeso  
un destino...

CÁRLOS. ¿Sí?

JUAN. De grueso  
calibre. De á veinte y cuatro.  
Y supuesto que acomoda  
á todos tu casamiento,  
cásate pronto; yo siento  
el no asistir á tu boda.

TODOS. (*Rodeándole.*)

JUAN. ¿Cómo?  
(*Con misterio.*)  
En esta ocasion  
transijo con el poder.

ADELA. Pero...

JUAN. Y me voy á comer  
el pan de la emigracion.

Tú á casarte; usté a atender  
y á mirar por su destino.  
Y yo... yo tomo el camino  
solito con mi mujer,  
que tan importante soy  
que los ministros sospechan...  
y si no me voy me echan.

ADELA.

¡Ay Juan!

JUAN.

Por eso me voy.

## ESCENA XX.

*Dichos.*—MARQUÉS.—DIPUTADO DE OPOSICION.

MARQ. Don Juan, es fuerza se tuerza  
ese propósito...

JUAN. ¡Oh! no.

DIPUT. ¡Si es lo que decia yo!  
se va por fuerza, por fuerza.  
¿Y la inviolabilidad  
del diputado en su puesto?

JUAN. Prudencia, señores.

DIPUT. Esto  
es una arbitrariedad.  
Usted hace falta.

JUAN. (*Dándoles la mano.*) No,

yo me voy, mas quedarán  
muchísimos hombres tan  
importantes como yo.

Yo ya, señores, pasé.

MARQ. No, señor. Usted vendrá;  
la patria le llamará.

JUAN. Si es que peligra vendré.  
Si veo el orden social  
hollado, ó la religion,  
vida y luz del corazon  
y escudo santo del mal,  
vendré á defenderla aquí  
hasta faltarme el aliento,  
y siempre algun regimiento  
tendrá un fusil para mí.  
Mas lo que es en este instante

me marchó con mi importancia  
á la capital de Francia,  
y aquí me quedo cesante.

DIPUT. Pues ahora la situacion  
es cuando se halla en un tris:  
este hombre desde Paris  
hace una revolucion.

MARQ. Ciertó, y verá usted despues  
qué lauros para esa frente.

JUAN. Gracias, gracias. (Esta gente  
vá á parar en Leganés.)  
Adela, estás temblorosa.

ADELA. Siento tu peligro.

JUAN. No.

Ya mi peligro pasó;  
¿Vamos á bailar, esposa?

ADELA. En este momento...

JUAN. Pues!

En este momento critico  
acaba el hombre político  
y empieza el hombre cortés.



POLIZA Nr.

16566

